

SALVADOR, VICENT & SAMPIETRO, AGNESE
Understanding the discourse of aging. A multifaceted perspective.
Cambridge Scholars Publishing, UK, 2020. (344 págs).

Fernando Lolas Stepke¹

No cabe dudar de que los escritos sobre la vejez y el envejecimiento son numerosos y aumentan cada día. Distinguir una aproximación médica y una aproximación social al tema es una forma simple de aludir a que los discursos sobre este asunto, con ser relevantes para todo el mundo, pueden ser infinitos. Algunos están inspirados por creencias religiosas, otros se contentan con comprobaciones triviales sobre decaimiento y vulnerabilidad en las edades avanzadas, pocos elogian la vejez y, cuando lo hacen, incluso ingenios tan agudos como Cicerón, siempre hay ambigüedad.

Este volumen consta de cuatro partes. La primera brinda una perspectiva interdisciplinaria, con aportaciones de Vicent Salvador, María Desamparados Bernat Adell, Esperanza Morales-López y María Cátedra. Correcta y acuciosamente se destaca el campo del análisis discursivo pues vejez como estadio vital y “ser viejo” como categoría humana son construcciones sociales que existen en lenguajes y contextos precisos. Inagotable resultaría destacar que el “*self*” de Goffman es una escenificación contextualizada que jamás llega a agotar lo que una persona es. De hecho, “persona” —en tanto máscara, su etimología más aceptada— nos recuerda que mientras más vieja la gente, más diversa es su vida personal. Esto contradice el estereotipo de los sistemas de asistencia que homogenizan a viejos y viejas. Recuerdo que Jonathan Swift, hablando de personas que no mueren, destaca que los avaros se ponen más avaros y los que fueron buenos se hacen mejores. Contra la opinión vulgar y según nuestra propia percepción no hay edad en que las diferencias individuales sean más perfiladas. El problema es que la capacidad expresiva de las personas decrece y no pueden comunicar sus deseos y preferencias o, si lo hacen, son ignorados por la comodidad de quienes deben, por obligación o contrato, cuidar de los débiles.

Hay una muy acertada elaboración de los discursos que crean la vejez como constructo social, tanto en la literatura como en las artes plásticas, con recuerdos antropológicos de gran valor documental, especialmente con relación a la vida de los *vaqueiros de alzada* asturianos, que cuando pierden la “gracia” —que puede interpretarse como entusiasmo o “ganas”— pierden la vida social y se retiran a un confinamiento que es la antesala de la muerte. Esta aportación antropológica es extrapolable. Siempre que leo esas bienintencionadas recomendaciones de llevar una “vida sana” y hacer ejercicios no dejo de advertir su futilidad, toda vez que lo que se pierde, además de la agilidad física, es la motivación y el deseo de socializar, más acusada en hombres que en mujeres.

La perspectiva de género, tema de la parte segunda, cobra especial relieve en esta época de reivindicaciones de lo femenino, sin olvidar lo difícil que ha llegado a ser la masculinidad tradicional. El papel social del “hombre” está cada vez más afectado por los estereotipos y exigencias y el típico “*male chauvinist pig*”, al igual que el “*White Anglo-Saxon dominant male*” son caracteres que han perdido popularidad en una suerte de discriminación inversa que vale la pena estudiar. Sin duda, la delicada alusión a las imágenes de Fedra y sus equivalentes en muchas literaturas (Adolf Piquer) constituye un acicate para reflexiones profundas; el cine y la literatura no dejan de recordar las implicaciones de las relaciones mujer-hombre signadas por la desigualdad etaria.

La parte tercera, el envejecimiento en diversas producciones literarias, es muy valiosa por la selectividad de los estudios y sirven como ejemplos de análisis. Ciertamente, las omisiones no son censurables,

¹ Profesor Titular y director del Centro Interdisciplinario de Estudios en Bioética, Universidad de Chile. Investigador, Universidad Central de Chile, Santiago, Chile. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9684-2725>

Correspondencia: flolas@uchile.cl

porque un tema perenne como éste ha encontrado siempre un lugar en el imaginario literario. Por mis propias aficiones, hubiera deseado ver reflejado lo que escribió Baltazar Gracián en *El Criticón*, con su inolvidable expresión de que al reino de “Vejez” se entra por dos puertas: la de los honores y la de los horrores, recordando el *dictum* ciceroniano de que una vejez buena es el resultado de una vida virtuosa. Las metáforas sobre la vida como río, como peregrinación, como tránsito son *loci comunes* en la cultura occidental.

Los trabajos de la parte cuarta abordan el tema de las tecnologías y su impacto en las concepciones sobre la vejez y el envejecimiento. Se aborda la compleja cuestión del “*age divide*”, que separa generaciones por su cercanía al transhumanismo engendrado por las sociedades tecnificadas, que crean una forma inédita de inequidad: los que son “nativos digitales” prácticamente no comprenden cómo era la vida antes de *internet*, *smartphones* y *Whatsapp*. Tampoco saben qué eran los sellos postales, hoy deleite de nostálgicos coleccionistas. Para qué hablar del “*online dating*” y del amor en tiempos del coronavirus, en que lo telemático ha cambiado las formas de empezar y terminar relaciones. Muy ilustrativa es la representación de la vejez en las historietas ilustradas y la perspectiva de los adolescentes sobre sus abuelos y otros senescentes.

Confieso que la lectura de este libro es fuente de sugerencias para esperar que los editores convoquen a otro grupo de autores para tratar temas relacionados. Quisiera ver un tratamiento de la espiritualidad y la religiosidad, con ideas como las de Michele Federico Sciacca sobre la eternidad y la inmortalidad, que infunden una terapéutica ayuda. Me gustaría saber más de eso que algunos llaman el “*disablement process*”, el complejo ir privando de oportunidades y derechos a las personas según su edad. Está bien tratado en algunas contribuciones de este volumen, pero es tema inagotable (las referencias al *ageism* y al *sexageism* son iluminadoras). La noción de ciclo vital sugiere que la “calidad de la vida” y el “bienestar” no son ideas estáticas sino dinámicas; se van modificando con la perspectiva de quien envejece, de lo cual da buena cuenta la vida y la obra de Cajal si se comparan sus “Tónicos de la voluntad” con “El mundo visto a los ochenta años”.

Bien sé que este no es libro de terapéutica ni está concebido para consolar, ayudar o inducir conductas. Es un sólido trabajo de interpretación, centrado en los discursos *sobre* la vejez (que me hubiera gustado ver así en el título, usando la preposición “*on*” en lugar de “*of*”), pues el envejecimiento, como proceso, y la vejez, como estadio vital, son inagotables fuentes de reflexión.

Para los lectores, será bueno destacar la insobornable densidad conceptual de su contenido, la pluralidad de sus aportaciones y el acicate para la propia reflexión que este volumen significa. Las consideraciones éticas, presentes *in absentia*, debieran consistir en abandonar el “buenismo” compasivo y la irritación discriminatoria y están sugeridas en muchos pasajes de la obra.